

DE BUENAS LETRAS

De terremotos y linajes familiares

AMELINA CORREA RAMÓN De la Academia de Buenas Letras de Granada

Pandemia, nieves, temporales... A comienzos de año parecía que a este 2021 no podía faltarle más que los impresionantes terremotos que nos sobrecogieron a los granadinos en los últimos días del mes de enero. Para quienes vivimos en Granada, los temblores de tierra constituyen una suerte de sobresalto rutinario a que estamos acostumbrados por encontrarnos en zona sísmica. Incluso solemos recordar que ya desde la infancia nos contaban – sea o no leyenda – que el palacio de Carlos V quedó bruscamente inacabado por el miedo de la emperatriz Isabel ante los continuos terremotos, que hicieron abandonar la ciudad de la Alhambra a la imperial pareja.

Pero, sin duda, si ha habido un terremoto que ha dejado memoria y huella en la historia de Granada, por la devastación que causó, fue el que tuvo lugar el día de Navidad de 1884 y que se conoce como terremoto de Alhama, por tener en esta zona su epicentro. Afectó a un centenar de pueblos, y causó la completa destrucción de Arenas del Rey, que debió ser reedificado.

Las frías estadísticas contempladas con la distancia de un siglo y casi cuatro décadas después nos indican que hubo en torno a dos mil heridos y cerca de novecientas víctimas mortales.

Pero esas impersonales estadísticas esconden,

como en todos los casos, terribles dramas, detalles personales e historias familiares truncadas. Y así, puedo recordar aquí que mi tatarabuela paterna, Josefa Díaz Arellano (quiero nombrarla expresamente para reivindicar su memoria más allá de una cifra o de un dato impersonal), a unos 60 km. del epicentro, y en su casa de la localidad de Guájár Alto, fue una de esas casi olvidadas víctimas del violento temblor. Ese mismo año de 1884 Josefa había alumbrado a la más pequeña de sus dos hijas, Purificación, quien andando el tiempo sería la madre de mi abuelo Antonio. La niña dormía en la cuna cuando el techo de la casa comenzó a desplomarse. Su hermana mayor, María, logró sacar a la pequeña y ponerla a salvo. Pero para su madre fue demasiado tarde, pues una viga desplomada sobre su cuerpo le causó heridas tan graves que ocasionaron su fallecimiento. Purificación Guerrero Díaz fue criada sin madre, lo que, más allá de los efectos emocionales, tendría otro que no puede dejar de dolerme de manera especial: así, mientras que su hermana mayor, María, había podido aprender a leer y escribir, ella se vio privada de esa oportunidad. El terremoto selló así doblemente su destino, y la ausencia de la madre supuso también su injusta exclusión del acceso a las letras.